

todo se arregle, que la ciudad de Solsona aparezca amiga de Su Majestad.

—Yo me voy...

—No sometiéndose, eso es lo mejor para la tranquilidad de la ciudad. Ahora falta ver quién recoge el mando de las pocas fuerzas apostólicas que hay por aquí.

—Por mi voluntad entregaría el mando á D. Pedro Guimaraens, la única persona decente que conozco en esta tierra.

—Don Pedro marchó al cuartel general, y dicen que el conde de España le ha dado un batallón para que recorra el país, y apoye á los que quieran someterse, que son los más. Puede que esté en Regina Cœli. A falta de D. Pedro Guimaraens, yo pondría la autoridad en la cabeza de Tilín.

—¿En dónde está ese Tilín?

—Pues mire usted que no lo sé, y me da que pensar su desaparición. Hoy le he buscado todo el día y no le he podido encontrar. Anoche se portó heroicamente; fué el primero que entró á salvar á las pobres monjas... Después no se le vió más.

—¿En dónde está?

—¿No le he dicho á usted que no lo sé? Ese sacristán tiene unas rarezas... Suele esconderse cuando se le necesita y presentarse cuando no hace falta.

—Bien—dijo Garrote.—Pues ha de quedar en la división apostólica de Solsona una sombra de autoridad; pues es preciso que esta farsa asquerosa que llaman la paz... yo la llamaría la ignominia... se haga con

visos de convenio, yo delego mi autoridad... Miró con desprecio á Mañas que con su mano temblorosa vaciaba el turbio residuo de la última botella.

—Si—añadió el fogoso guerrillero.—El bando apostólico de Solsona es digno de tener por jefe á un borracho. Viejo Mañas, te confiero el mando. Toma ese bastón, animal.

Y cogiendo una butifarra y haciendo ademán de metérsela por la boca, y dándole después dos golpes con ella en la cabeza, la arrojó violentamente sobre la mesa y salió de la sala.

XXV

Desde que los cocheros de Palacio, los marmitones, los lacayos y algunos soldados vendidos á los cortesanos inauguraron el 19 de Marzo de 1808 en Aranjuez la serie de bajas rapsodias revolucionarias que componen nuestra epopeya motinesca, el más repugnante movimiento ha sido la sublevación apostólica de 1827. Es además de repugnante, obscuro, porque su origen, como el de los monstruos que degradan con su fealdad á la raza humana, no tuvo nunca explicación cabal y satisfactoria. Acabó misteriosamente, lo mismo que había empezado, como esas tragedias reales en que por una secreta confabulación de testigos, asesinos y jueces, queda todo indeterminado y confuso, no existiendo la evidencia más que en la muer-

te de la víctima. No hubo lógica ni plan en la sublevación, como no hubo justicia en los castigos. Creeríase que eran autores de aquella intriga sangrienta los mismos contra quienes parecía dirigida, y que la propia mano herida por el filo, acariciaba la empuñadura de aquella espada que se forjó en las agrestes ferrerías de las montañas catalanas y se templó en los conventos. En todo lo relativo á los orígenes de aquella guerra, hay algo de las poéticas vaguedades de la leyenda: la historia no ha podido esclarecer con su luz las lobregueces de este hecho que sólo puede compararse á las tenebrosas demencias del suicidio.

Durante mucho tiempo se consideró que la guerra apostólica había sido engendrada por la sociedad secreta del absolutismo llamada *El Angel Exterminador*, y compuesta de obispos ambiciosos, consejeros cesantes é inquisidores sin trabajo. Aunque el absolutismo ha tenido también su masonería, y de las más chuscas, aun sin el uso de mandiles, ningún historiador ha probado la existencia del *Angel Exterminador*. Quién decía que su centro estaba en Roma, quién que estaba en el cuarto del Infante D. Carlos. Pero si la sociedad no es cosa evidente, lo es sí la existencia de una intriga formidable y subterránea, de la cual eran activos trabajadores muchos próceres y magnates, diestros en las artes del topo. La posterior guerra de los siete años probó que desde 1825 el absolutismo rabioso, anhelando cambiar de ídolo porque

el existente no satisfacía por completo su sed de persecuciones y de venganza, había empezado á preparar el terreno.

Si alguien pudo esclarecer los orígenes de la sublevación apostólica fueron los cabezillas catalanes; sin duda ellos pensaban decir algo; pero antes que pudieran ser indiscretos, Calomarde y el conde de España les fusilaron á todos. El Rey les prometió el perdón para que se sometieran, y después de sometidos les fusiló para que no hablaran. Es una diplomacia como otra cualquiera.

¿Fué Calomarde instigador de la guerra? Entonces resultaría Fernando VII juguete de su ministro, y esto no era así. Calomarde que sin duda hubiera sido capaz de venderse á quien le quisiera comprar, sirvió bien á Fernando hasta el cuarto casamiento de éste, y en 1827 todavía era no más que instrumento hartamente sumiso de las pasiones y del brutal egoísmo de su señor.

Si Calomarde no fué autor de la guerra, los verdaderos autores de ella se le sometieron al ver el mal éxito que aquella tenía, aspirando á sacar de la paz el partido que no habían podido sacar de la guerra. Es indudable que los tenebrosos congregacionistas del *Angel Exterminador* (y es forzoso dar este nombre á lo pandilla por no tener otro) salieron muy bien librados de aquella sangrienta aventura; pero también lo es que los infelices que habían sacado las castañas del fuego para satisfacer las hinchadas ambiciones y las envidias de la corte, pagaron

con su vida el crimen propio y el ageno.

Grave cosa fué aquella sublevación cuando Fernando se dispuso á sofocarla por sí mismo. Salió del Escorial el 22 de Septiembre, siendo despedido por los célebres versos de la bondadosa Reina Amalia, que al componerlos demostró tener más comercio con los ángeles que con las musas. Al Rey acompañaba Calomarde. Había gran prisa, y el despota y su Sancho Panza recorrieron el camino con una rapidez que habrían envidiado quizás algunos de nuestros trenes mixtos. Pero delante del Rey habían salido los correos reservados llevando órdenes apremiantes para que cesara todo. Por eso apenas puso el pié en tierra de Lérida el egregio conde de España con su ejército, principió la desbandada.

Las pequeñas partidas se presentaban, y las grandes se ponían en movimiento para sacar algún jugo del país antes de disolverse. La sublevación cayó como un espantajo de trapo y caña puesto en medio de los sembrados, y al cual quitan de pronto la vara que lo sustenta. Los facciosos del Panadés y de Tarragona fueron los más solícitos para presentarse á indulto. En cambio Jep dels Estanys, Caragol y la gente furibunda de Manresa se mostraron muy rebeldes. Sin atreverse á hacer frente al conde de España, resistieron á terminar tan tonta y desabridamente una guerra á que los del *Angel Exterminador* les habían lanzado, ofreciéndoles la cooperación de Rusia con 40.000 hombres y

6.000 caballos, el apoyo de Francia y las simpatías del Papa.

Dejando guarnecida á Manresa salieron; Jep se dirigió á Berga que era su madriguera preferida, y Caragol fingió una marcha sobre Barcelona, unos dicen que con objeto de acercarse á la frontera y otros que con el fin puramente *apostólico* de merodear. No tenían las manos atadas aquellos benditos arcángeles de fusil y cartuchera, porque Jep del Estanys cuando tuvo que salir de Berga perseguido por el conde de España sacó de allí *dieciocho* cargas de dinero, que eran la cosecha de unos cuantos meses de trabajo en la viña del Altar y el Trono.

Ya veremos la suerte que les cupo á estos andantes cosecheros, á quienes Fernando hablaba en su proclama *el lenguaje de la clemencia, abriéndoles sus brazos de padre amoroso*. Una observación haremos, que será la última pincelada en el cuadro de aquella guerra, y es que todas las reyertas entre los absolutistas de uno y otro bando, así como todas sus reconciliaciones, terminaban con un porrazo á los liberales. Estos infelices, pocos en número, acobardados y obscurecidos, pagaban el furor de los sublevados y de los perseguidores de los sublevados. Los rebeldes, al huir delante del conde de España, gritaban de pueblo en pueblo: "¡muerte á los *negros!*", y el conde de España solía decir: "esos malvados *negros* tienen la culpa de todo." Así es que se llevaba con paciencia la fuga é impunidad de los apostólicos con tal que

hubiese *negros* que sacrificar. Un observador de pura casta absolutista, como Mosén Crispí, habría creído que aquellos pobres fueron puestos en España por Dios para impedir que los defensores de éste se destrozaran mucho al engrescarse entre sí.

Es preciso ser de bronce ó de berroqueña para no sentir la más viva lástima de tales desdichados. ¿Vencían los apostólicos?... pues ¡muerte á los *negros*! ¿Iban bien los absolutistas?... pues ¡duro en los *negros*! Que las cosas iban mal en el campo de Jep... pues ¡á ellos, que tienen la culpa de todo! Que salía chasqueado el conde y se desesperaba por no poder alcanzar á Pixola... pues ¡viva la religión y mueran los masones! Síntesis de este hecho y resumen de él fueron las horribles hecatombes de Barcelona á principios del año siguiente, cuando los envenenados odios y disputas que desgarraban el seno de la familia realista parecían no poder aplacarse sino engolosinando á uno y otro partido con carne de liberales.

Explicada la situación de la guerra, nos cumple despedirnos de esa bienaventurada ciudad de Solsona, donde han ocurrido los principales sucesos de esta historia, para buscar el término y solución lógica de éstos en otro pueblo menos ilustre, pues carece de escudo de armas, de abolengo romano y de murallas, pero que merecería tener todas estas cosas y aun otras, sólo por haber sido teatro de los verídicos sucesos que vamos á referir.

XXVI

Al anochecer del día que siguió á la catástrofe de San Salomó, un cochecillo de dos ruedas corría por el detestable camino que desde Solsona se dirige á la Conca de Tremp. Era uno de esos vehiculos puramente españoles que parecen hechos para realizar el ideal de la incomodidad, y cuyo nombre respondería perfectamente á su cruel instituto si en vez de tartana fuera *quebranta-huesos*. El que ocupa hoy nuestra atención era cerrado, formando una especie de cajón alto con portezuela en la parte posterior y en la delantera una ventanucha pequeña sin vidrio destinada á dar aire á la víctima, para que no la asfixiara el calor antes de tener los huesos bien rotos y las carnes bien molidas. Tiraba de él un brioso caballo que parecía más hecho al noble oficio de la silla que al del arrastre, á juzgar por el desorden de su marcha y los brinco con que amenazaba volcar el vehiculo. Guiábalo un joven sentado en media cuarta de tabla adherida á la limonera de la derecha. Parecía tener el cocherero un delirante anhelo de llegar pronto á su destino, según aporreaba al animal con la vara. El interior lo ocupaba sin duda persona á quien el de fuera estimaba en mucho, porque entre golpe y golpe descargado sobre la bestia, volvía su rostro, y mirando al interior del *quebranta-huesos* por la venta-

nilla delantera decía algunas palabras enderezadas á dulcificar la molestia de transporte tan inquisitorial. El camino, que más era de herradura que de ruedas, estaba alfombrado de guijarros que en algunos sitios eran verdaderos peñascos, ofreciendo en otros hoyos profundos. Caballo y camino jugaban con el coche como un titiritero con las bolas haciéndole dar las más graciosas piruetas. Viendo aquello, tendría corazón de bronce quien no compadeciera á la persona que iba dentro. Si tal persona además de ir allí, iba contra su voluntad, entonces era tan digna de lástima como quien va al patíbulo en la fatal carreta.

La noche era oscura y serena; pero el horizonte se inflamaba á ratos con vivos relámpagos, indicio de tormenta próxima, y algunas ráfagas de aire fresco venían del lado de la montaña, levantando polvo y haciendo murmurar el ramaje de los árboles.

Ni un alma se hallaba en tal hora por aquel camino solitario y agreste, y las pocas casas que se veían al paso estaban cerradas y silenciosas. Creeríase que la superstición había alejado á todos los habitantes de aquella tierra y que sólo quedaban los duendes para obligar á huir también á los que después viniesen.

Pero el quebranta-huesos pasó al fin á regular distancia de una casa, en cuya ventana brillaba una luz. Entonces del lóbrego cajón inquisitorial salió una voz angustiada que dijo:

—¡Socorro!

El que guiaba castigó fieramente á la calgadura para que acelerase el paso, y cuando quedó á distancia mayor la casa iluminada, el hombre volvióse hacia dentro y dijo:

—No... no vale pedir socorro, señora. Nadie oye, nadie ve.

—¡Socorro! ¡Socorro!—repitió la voz interior ya enronquecida y furiosa.

Después varió de tono y acompañada al parecer de lágrimas, dijo suplicante y dolorida:

—Por la salvación de tu alma, Pepet, por la memoria de tu madre; déjame, suéltame, déjame en medio del camino y vete solo con tu endiablado coche... Te lo agradeceré, te lo agradeceré con toda mi alma... no te guardaré rencor, Tilín... no te tendré miedo; me acordaré de tí en mis oraciones; pediré á Dios por tí... Sé bueno conmigo, ten piedad de mí... suéltame, déjame y así podrás librarte del castigo que te espera por tu maldad... Piensa un instante siquiera en Dios.

El hombre no pensaba en Dios. Pálido y hosco, cejijunto, balbuciente como el asesino en el momento de clavar el puñal en la víctima dormida, marchaba derecho á su bárbaro objeto; no reparaba en consideración alguna, no se acordaba de Dios, no era cristiano; era incapaz de toda idea piadosa; no veía tampoco obstáculos, no veía más que la fiebre ardiente que le devoraba y aquel objeto criminal que le atraía fascinando su alma irritada, objeto que, fijo en su cerebro, le enlo-

quecía con el deleite del triunfo y le quemaba con el fuego de la impaciencia.

Oyó que su víctima lloraba dentro del coche. Entonces se volvió adentro y dijo:

—Es verdad que soy un malvado, que me condenaré, que arderé en el Infierno... ¿pero de quién es la culpa?

—Tuya, infame ladrón, incendiario; tuya, monstruo emparentado con todos los demonios del Infierno—exclamó la voz del coche, volviendo á ser colérica.—Mucho más humano serías conmigo si me mataras... ¡Ay! te lo agradecería con toda mi alma. Viva ó muerta, infame bandido, no arderé como tú en los infiernos... estarás solo, y padecerás eternamente siempre, siempre, quemándote en tus sacrilegas pasiones, sin satisfacer en toda la eternidad la sed rabiosa de tu alma.

Tilín hizo crugir sus dientes, tan fuertemente los apretaba, y hablando consigo mismo, dijo:

—¡El Infierno!... Pues poco que me gusta á mí el Infierno... Ya sé que de he ir á él... ya lo sé... Si de todos modos he de ir á él, que sea...

Y azotaba al caballo, porque aunque éste corría mucho, á él siempre le parecía que anba poco; tan anheloso estaba de ganar terreno. Habría deseado las alas negras que había visto pintadas en el ángel de las tinieblas, para cruzar con ellas el cielo tempestuoso hasta llegar con su presa á las cavernas donde se traman en juntas diabólicas las tentaciones que luégo se esparcen por la tierra.

Era firme creyente y creía en las potestades del Báratro tal como las pinta la doctrina cristiana. Hacía el mal sabiendo lo que hacía y las consecuencias de él. No era malo por carencia de ideas morales, como los adocenos criminales que pueblan diariamente los presidios y dan trabajo al verdugo, sino por un extravío que arrancaba de la exacerbación de sus violentas pasiones. Su corazón precipitado en aquel rumbo perverso, podía torcerse de improviso tomando otro camino. Esto lo conocía Sor Teodora de Aransis. Dando á ratos tregua á su violenta ira, no creía fácil conseguir nada por la violencia y trataba de someter á su terrible enemigo, tocándole hábilmente al corazón. Por eso intentaba dar suavidad á su voz y mágico encanto de seducción á sus palabras. Sofocando su cólera, dejaba que hablase la conmovedora piedad. Diríase de ella que intentaba enternecer y cristianizar al Demonio con las súplicas que se dirigen á los santos. Sus manos aparecieron cruzadas en el ventanillo.

—Tilín, Tilín—le dijo.—Yo te juro por Dios que es mi padre y por nuestro glorioso Patriarca Santo Domingo, que si me dejas y te vas, no te guardaré rencor, no tendré de tí malos recuerdos... al contrario, los tendré buenos, muy buenos... A nadie diré que pegaste fuego á San Salomó; á nadie diré que en la confusión del primer momento y cuando bajé huyendo de las llamas, me cogiste, me amordazaste y me sacaste por la puerta del locutorio, cuando el fuego y el humo per-

mitían aún pasar por allí. A nadie diré que me ocultaste después en una casucha que hay fuera de la puerta del Travesat, donde tú y otros bandidos como tú, digo mal, bandidos no, sino alucinados, me tenían preparado el suplicio de este coche. A nadie diré que luego me has traído á este viaje horrible que no sé dónde terminará; no diré nada... tendré buenos recuerdos de tí, me acordaré de tu amistad, de tus buenos servicios; todos los días, todos, cuando me arrodille delante del Señor Sacramentado para pedirle por los pecadores, pediré á Dios que te quite esos malos pensamientos y te dé otros buenos y cristianos que lleven tu alma al cielo, donde me volverás á ver... sí, me volverás á ver.

Esta idea debió parecer eficaz á la dominica, porque la repitió después de una pausa, añadiendo:

—Me volverás á ver, me estarás viendo por toda una eternidad.

Tilín no dijo nada. De pronto detuvo el coche. El corazón de Sor Teodora, al sentir aquella pausa en su tormento físico, palpitó de emoción y esperanza.

Pero Tilín se había detenido para prestar atención á un rumor lejano que á su espalda había creído sentir, y quiso cerciorarse de él.

—Sí—pensó después de un minuto de atención.—Viene gente á caballo, y no debe de ser poca según el ruido que hace.

El sacristán diablo pareció un momento turbado; pero al punto halló en su grande ánimo la iniciativa y la prontitud de ejecu-

ción que le distinguía en los lances difíciles.

—Tilín—añadió la señora,—¿no oyes lo que te he dicho?—Ten compasión de mí, acuérdate de aquellos días en que asistiéndote en tu enfermedad, te salvé esa vida que ahora vuelves contra mí. Tú eras entonces un niño, yo una joven. Ahora soy una vieja. ¿Qué quieres de mí? Por Dios y por tu madre, hijo mío, ¿á dónde me llevas? ¿Qué horrible viaje es este?

—En la Cerdaña—dijo Tilín con nerviosa agitación,—en lo más alto, en lo más enriscado, en lo más solitario, en lo más montuoso, allí donde están libres los osos, y donde nacen los torrentes, tengo yo una casa...

—¡Y allá me quieres llevar, bandido!—exclamó la dama con desesperación, no pudiendo reprimir la cólera.—No, yo gritaré y alguien me oirá... Esto no puede seguir. ¿No hay almas caritativas aquí? ¿Se ha acabado el mundo? ¿Es posible que no me favorezca Dios? ¡Dios, Dios mío!... ¿Tantos son mis pecados que merezca este horrible infierno en vida?

Tilín, muy temeroso por aquel ruido de tropa que había sentido, volvió á azotar al caballo, y desviándose del camino por una colina pelada que á la derecha había, dijo para sí:

—Me ocultaré en el monte hasta que pase esa tropa. Por aquí está si no me engaño, el convento arruinado de Regina Cœli donde sólo viven dos clérigos pobres que piden limosna. No sería malo intentar congraciarme

con ellos... Necesito un sitio seguro donde pasar el día de mañana. ¿Qué hora es? próximamente las doce. Este maldito coche es el estorbo de los estorbos. Si pudiera llevarla á caballo... Necesito cuatro jornadas que es preciso hacer de noche y tres descansos por el día, uno aquí ó en Vilaplana, otro en Nargo, otro en Querforadat, para de allí subir á mi casa. ¡Maldito coche!... Alas, alas, es lo que yo quisiera. Sólo mi fuerza de voluntad que jamás se acobarda es capaz de intentar este viaje con tales obstáculos... Si triunfo, Lucifer tendrá que darme tratamiento de Excelentísimo Señor.

El coche avanzaba lentamente, porque el camino era casi impracticable en la obscuridad de la noche. De pronto oyóse un estallido metálico, seco, y el coche se hundió, cayendo sobre un costado. Sor Teodora dió un grito, y Tilín lanzó un apóstrofe que habría hecho estremecer de espanto á cielo y tierra, si la tierra y el cielo se afectaran por las vanas palabras del hombre. El eje del coche se había roto.

—¿Lo ves, lo ves?— dijo Sor Teodora, esforzándose en reprimir su alegría. — ¿Qué quiere decir esto, Tilín? ¿No ves claros y patentes los designios de Dios? ¿No ves la mano que te ataja en tu infame camino? Tú tienes buen corazón, tú tienes conciencia, aunque ahora está muy perturbada. Considera, hijo, reflexiona...

Al mismo tiempo que esto decía dulcifi-

cando su voz, temblaba interiormente de miedo, pensando que aquella contrariedad exasperaría al malvado inspirándole quizás alguna violencia horrible. También ella oyó entonces el ruido de hombres á caballo, y puso atención invocando mentalmente á Dios para que en tan apretada ocasión la amparase. Tilín, que oía también con toda su alma, rugió así:

—¡Por las uñas y rabo del Otro! Es la partida de Garrote que salió esta tarde de Solsona.

Después miró su coche, que yacía en tierra como un buque recién naufragado. Abriendo la portezuela ayudó á salir á Sor Teodora, cuyos molidos huesos apenas le permitían moverse. La dama dió algunos pasos para probar si funcionaban, después del atroz suplicio del coche, los tendones y músculos de sus piernas. Tilín dijo sombríamente:

—Esto puede remediarse. A una legua escasa de aquí está el herrero Gasparó Cort, que tiene ejes de coche. Si tiene ejes, iré, traeré uno antes del día, y seguiremos nuestro camino.

—¡Y yo, insigne mentecato— gritó Sor Teodora, viendo que su situación mejoraba extraordinariamente, — te esperaré aquí tan tranquila como si estuviera en la celda de mi convento! A fe que eres simple. Esto ha concluido. Déjame en paz.

Tilín comprendió lo descabellado de su plan en lo relativo á buscar un nuevo eje, como no lo forjara con un hueso de su cuerpo

en la fragua de su corazón. No había más remedio que dar por concluido el viaje, pensando cristianamente en la intervención de la Providencia para salvar á la digna señora del riesgo en que estaba. Pero Tilín, enérgicamente apasionado y delirante, antes que en Dios pensaba en los demonios que guiaban sus pasos y silbaban en sus oídos palabras enloquecedoras y le ponían delante de los ojos fantasmas y espectáculos de gran atractivo para él.

—No, no, señora—exclamó de súbito asiendo la mano de su víctima con extraño vigor.—Esto no ha concluido. Un hombre como yo no se deja vencer por un eje roto.

Sor Teodora al sentir la mano de hierro que la sujetaba como las tenazas de Satanás sujetarian al precito sobre la caldera hirviente, encomendó su alma al Señor. La obscuridad y silencio del bosque cercano diéronle grandísimo pavor; pero evocando las fuerzas todas de su alma, decidió hacer frente á los mayores peligros, desplegando los recursos de su voluntad, de su astucia y aun de su vigor físico, que no era despreciable á pesar de ser mujer y monja.

—Tilín—dijo con grave acento.—Por malvado y pervertido que seas, no podrás desconocer que la voz de Dios acaba de hablarte, que su mano te ha detenido en tu criminal carrera.

El criminal no decía nada; pero apretaba más la mano preciosa, como el avaro oprime su tesoro temiendo que se le escape. Fijaba

sus ojos con terrible expresión de duda en el suelo.

—¡Tilín, Tilín!—añadió la monja, que había empezado á comprender la posibilidad de ablandar aquel bronce.—¿No me oyes? ¿Piensas en Dios, en tu crimen, estás mirando á tu horrible conciencia?... Por Dios y su Santa Madre, déjame y sálvate, sálvate, hijo mío, de la condenación eterna.

Cuando esto decía oyóse el tañido de un esquilón que sonaba muy cerca, en el bosque.

—¿Qué campana es esta?

—La de Regina Cœli, la de Regina Cœli—gritó Tilín hiriendo el suelo furiosamente con el pié.

—¡Es un convento, un asilo!—dijo ella.—¡Dios mío, has venido en mi ayuda!

Y la monja empezó á rezar. Pero Tilín le apretaba aún la mano.

Oyóse entonces á muy poca distancia el ruido de gente á caballo que poco antes obligara á Pepet á apartarse del camino.

—¡Gente de armas!—balbució Sor Teodora de Aransis inundada de gozo.—¡Me he salvado!

—El Demonio, sí, el Demonio es quien me ha jugado esta mala partida.

—Suéltame, ladrón—dijo la dominica recobrando su entereza y dueña ya de la situación,—suéltame.

Sacudió la mano gritando:—¡Socorro!

—Basta, basta—gruñó Pepet soltando la mano.

La monja dió algunos pasos hacia donde

sonaba el esquilón, y Tilín corrió hácia ella.

—Es usted libre—le dijo. — Pida usted hospitalidad á los frailes de Regina Cœli... Me confieso vencido. El Demonio se ha reído de mí.

—No me sigas, malvado, no me sigas.

—¿Qué pensarán de una religiosa que se presenta sola, á estas horas, pidiendo asilo en un convento de frailes?

La monja se detuvo.

—¿Qué importa?—dijo.—Todo antes que estar en tu poder, monstruo. No me sigas.

—Yo también quiero pedir hospedaje en Regina Cœli, yo también: estoy cansado.

Pero Teodora había adelantado y no le oía. Corriendo entre los árboles, perdióse por un momento; pero al fin pudo salir á donde se veía la obscura mole de Regina Cœli. El esquilón seguía tocando. La dama vió una puerta y en la puerta luz, y esta luz iluminaba una figura, un hombre, un fraile, cualquier cosa... Sin vacilar corrió hacia él.

XXVII

—¡Una monja!—exclamó con asombro el que estaba en la puerta, que era un viejecillo tembloroso y caduco, empaquetado dentro de una sotana, y que ni aun parecía tener fuerzas para sostener la linterna con que se alumbraba, y cuyos rayos caían principalmente sobre la pechera encarnada de un se-

gundo personaje vestido con uniforme militar.

—¡Una monja!—repitió éste, antes que la de Aransis tuviera tiempo de exponer el objeto de su peregrina visita.

—Sí, una monja—dijo ella,—una pobre monja de San Salomó, que se ve obligada á pedir auxilio á los religiosos, caballeros, militares ó quienes quiera que sean los habitantes de esta casa.... Pero si no me engaño estoy hablando con D. Pedro Guimaraens.

—El mismo, señora—repuso el bravo coronel quitándose galantemente el sombrero y dirigiendo hacia el semblante de la religiosa los pálidos rayos de la linterna.—Me parece que estoy viendo á Sor Teodora de Aransis.

—Esa soy yo... Usted no comprenderá mi presencia aquí—dijo muy turbada la dama, como quien aún no ha inventado bien la mentira que va á decir.—Ya sabe usted que anoche nos quemaron el convento... Yo iba á casa de mis tíos, á Balaguer, porque me encuentro muy enferma... ¡cosa tremenda!... el coche en que iba se ha roto... roto el eje... me ví sola en medio del camino... sola no... con el criado de mis tíos.

—No se necesitan explicaciones para dar alojamiento á la buena madre—declaró Guimaraens menos atento á las cuitas de Sor Teodora que al ruido de caballos que cerca se sentía.—Yo estoy aquí cumpliendo un deber militar que me ha encargado el conde de España... ¿Sabe usted?... Este sitio es el mejor para cortar la comunicación de los valles